

LOS OJOS DE LAS FILÓSOFAS



Una **HISTORIA** de la **FILOSOFÍA** a TRAVÉS de

• 50 PENSADORAS ESENCIALES •

CARLOS GOÑI

Ariel

Carlos Goñi

Los ojos de las filósofas

Una historia de la filosofía
a través de 50 pensadoras esenciales

Ilustraciones de Joan Oriach

Ariel

Primera edición: marzo 2026

© Carlos Goñi Zubieta, 2026

© por las ilustraciones, Joan Oriach, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-344-4034-0

Depósito legal: B. 475-2026

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1. UNA MUCHACHA TRACIA (SIGLO VI A.C.)

La risa de la esclava de Tales

La filosofía nació en Mileto a finales del siglo VI a. C. por obra y gracia de Tales, considerado el primer filósofo por haberse preocupado de lo que permanece (*arquê*) con la intención de dar razón de lo que cambia. Cuenta Platón que una noche, mientras Tales observaba el firmamento (lo firme, lo que no cambia), se dio de narices en un pozo. Y añade que «una pequeña esclava tracia, burlesca y graciosa, se rio de él, diciendo que, por querer mirar el cielo, no distinguía lo que le era próximo y se hallaba a sus pies». Sabemos poca cosa de esa muchacha, solo que era esclava, de Tracia y mujer. No escribió nada ni probablemente pronunció esas palabras, solo nos consta que vio algo en el torpe filósofo que le causó la risa y se convirtió así en la primera filósofa de la historia.



Hermipo de Esmirna, peripatético del siglo III a. C., dice que Tales daba gracias a la Fortuna sobre todo por tres cosas: «Por haber nacido hombre y no animal, varón y no mujer, griego y no bárbaro» (Diógenes Laercio, I, 33). En fin, por no ser como la muchacha tracia, es decir, esclavo, mujer y bárbaro. Para los antiguos los esclavos no eran sino «ganado con rostro humano» (y en Grecia solían provenir de Frigia y Tracia), las mujeres carecían de derechos civiles y los oriundos de otras tierras, que balbuceaban lenguas extrañas, estaban por civilizar. Por si fuera poco, a estas tres condiciones descalificadoras, la muchacha tracia añade su juventud. Sin embargo, no puede evitar soltar una risotada, porque vio a las claras que «el rey iba desnudo».

El rey no era otro que Tales de Mileto, un griego de pro, uno de los siete sabios de la Antigüedad, el primero de los filósofos, quien descubrió que el origen de todas las cosas es el agua. El agua lo vivifica todo, por eso decía que todo «está lleno de dioses», y, aunque la naturaleza está en continuo cambio, hay siempre algo que permanece, algo que solo puede ser entendido por un filósofo, un filósofo varón.

Los ojos de la esclava de Tales vieron lo que el filósofo no podía ver, pero ella solo tenía la risa para replicar a su amo, único argumento que podía utilizar dada su condición. No podía ponerse a discutir con el filósofo. ¡Cómo iba a hacerlo ella, que no era sino una pobre criada tracia! Solo le pudo decir algo así como: «¡Mira que no ver el hoyo que está aquí mismo por contemplar lo que está tan lejos!». No era poco lo que dijo, nada más y nada menos que toda una «parresía», algo que en griego significaba hablar claro, con franqueza y audacia, decirlo todo aun a riesgo de ponerse en peligro. Tras la risa y la reprimenda, a buen seguro la joven volvió a sus quehaceres y el astrónomo a los suyos; él al mundo de las abstracciones, ella al de las cosas reales, donde si no ves el agujero te puedes tropezar y hacerte daño.

La muchacha tracia no pudo expresar todo lo que pensaba sobre el particular —algo bastante común en esta historia—, pero es probable que se lo contara a sus compañeras mientras preparaban la cena del filósofo. Lo que nos ha llegado como una simple anécdota fue para ella toda una visión del mundo que no pudo transmitir pero que será continuada más adelante.

Los discípulos de Tales, Anaximandro y Anaxímenes, seguirán los pasos de su maestro intentando encontrar aquello que permanece al cambio y que explica el origen de todas las cosas. Su discípula díscola, en cambio, mantendrá silencio sobre su pensamiento porque se halla en las antípodas de la doctrina oficial de la escuela de Mileto. No hay nada fuera de lo que hay, pensaba la muchacha tracia; la realidad siempre se impone y lo único que no cambia es que todo está en continuo cambio. Como dirá el cínico Bion de Borístenes (siglo III a. C.), casi parafraseando a nuestra filósofa: «los astrónomos son los más ridículos de los hombres, pues no ven los peces que tienen a sus pies en las playas y en cambio los reconocen en el cielo» (Estobeo, *Florilegium*, LXXX, 3).

La risa de la esclava de Tales provocará el llanto de Heráclito. Al filósofo de Éfeso se le suele representar con los ojos irritados, llorando su impotencia por no poder alcanzar el *logos* que da razón del «*panta rei*», del continuo fluir de la realidad. Las lágrimas de Heráclito nacen de la risotada de la joven tracia. Él intenta poner voz a aquella carcajada mediante enigmas, como estos: «La naturaleza gusta de ocultarse», «La guerra es el padre de todas las cosas», «No te bañarás dos veces en el mismo río» o «El sol es del tamaño de un pie humano». Ya lo vio antes una mujer, solo que sus labios no pudieron sino dibujar una sonrisa y su voz un carcajeo.

Una muchacha tracia, de la que no conocemos ni siquiera su nombre, se convirtió en la primera filósofa de la historia. Mantuvo que los vuelos del intelecto provocan una suerte de «vértigo intelectual» y son peligrosos si no tocan el suelo; que si la razón se aleja demasiado de la vida no es razón viva sino algo inerte; que los filósofos pueden aguantar colgados en las alturas del pensamiento hasta que caen, como Tales, en algún pozo cavado por la experiencia; que la vía de la razón nos puede llevar al dogmatismo, mientras la de la opinión nos invita al diálogo.

La «ética anónima» de la esclava tracia será eminentemente pragmática. Está bien lo que bien acaba; el aquí y ahora es más importante que el allí y el después; primero las personas, después las ideas; quítate primero la viga que tienes en tu ojo para poder ver la mota que hay en el ajeno. Recomendaciones que se repetirán de modo semejante más adelante, pronunciadas por hombres.

Los cínicos del futuro convertirán en profesión la risa de la muchacha tracia. Profesarán la hilaridad como forma de enfrentarse a lo establecido y, de modo semejante a la de nuestra filósofa, se mofarán de los filósofos académicos. Así, dicen que Diógenes el Cínico «se extrañaba de que los matemáticos estudiaran el sol y la luna y descuidaran sus asuntos cotidianos» (Diógenes Laercio, VI, 28).

Algunos dirán que presentar a la esclava de Tales como la primera mujer filósofa no tiene base científica alguna y que no es sino una artimaña, un juego de manos que hace aparecer una carta que no estaba en la baraja; que estirar una anécdota para convertirla en categoría tiene más de truco de magia que de análisis histórico serio. Algunos pensarán que no es lícito sacar la anécdota del nivel que le es propio y que es mejor dejar las cosas como están. Pero eso es justo lo que yo no quiero, porque si las dejamos como están, la historia de la filosofía seguirá siendo la historia de los filósofos con algunas raras excepciones.

En ningún momento hemos dudado en asumir que el primer filósofo (el «protofilósofo» lo llamamos) fue Tales de Mileto y en escribir ríos de tinta exponiendo su doctrina; aun así, partimos para ello del testimonio de autores antiguos que, amén de diversas anécdotas y sentencias morales, recogen un par de «fragmentos» significativos, a saber: «Todo es agua» (Aristóteles, *Metafísica*, 983 b6) y «todo está lleno de dioses» (Aristóteles, *Acerca del alma*, 411 a17). De muy poco hemos sacado mucho: nada más y nada menos que el origen de la filosofía occidental. Y no creo que haya sido ilícito, ni mucho menos. Solo me pregunto: ¿por qué no podemos hacer lo mismo con la muchacha tracia?

Como acabamos de ver, sus ojos chispeantes vieron mucho, su risa ha traspasado lo anecdótico y ha supuesto una objeción a la totalidad, lo cual la sitúa con todas las de la ley en los inicios del filosofar.

Para mirar con sus ojos...

En el caso de la muchacha tracia, que inaugura junto a Tales de Mileto la filosofía, no nos queda otro remedio que atender al momento en que soltó aquella sonora carcajada. Por de pronto, esa risa lleva consigo un mensaje claro: ¡aquí también estoy yo!

En verdad, la primera filósofa no nos lo pone fácil, aunque no es culpa suya. La bibliografía a la que podemos acudir se reduce prácticamente al testimonio de Platón, quien en su diálogo *Teeteto* (174 ab) nos narra la anécdota del despiste del filósofo. Como hemos dicho en la introducción, no se atreve a vestirse de mujer, por lo que la anécdota queda interpretada, acorde con su dualismo ontológico, como la oposición entre el docto y el lego, el sabio y el ignorante, la verdad y la opinión. Interpretación que ha pasado como «oficial» en los círculos filosóficos.

Hay que decir que el recopilador de opiniones (o *doxógrafo*) Diógenes Laercio, cuando cuenta la anécdota, no habla de una muchacha, sino de una «vieja», y no dice que era tracia. (Véase *Vidas de los filósofos ilustres*, I, 34, Alianza, 2007.)

El humanista italiano Andrea Alciato (1492-1550) interpreta la anécdota, en concreto la caída del filósofo en el pozo, como el castigo que recibe por intentar acceder a una ciencia a él prohibida y lo compara con el correctivo que Zeus inflige a Prometeo por haberse atrevido a robar el fuego (la inteligencia divina) y habérsela entregado a los humanos. Así lo escribe en uno de sus «emblemas»:

*Prometeo a una alta roca atado yace
del Cáucaso, y una Águila sangrienta
el hígado le come, y luego nace
el mismo, y se lo come y se sustenta.
Culpa su voluntad, y se deshace
por verse en tanto afán tanta tormenta.
Que tal es el dolor del que presume
ciencia y saber que al alma le consume.*

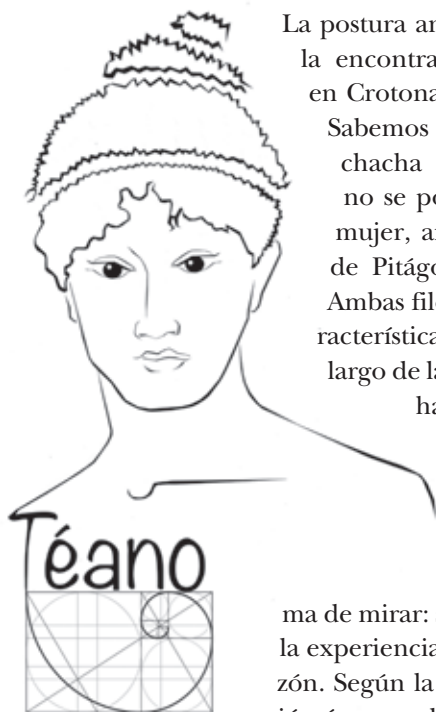
Emblemata, LII, pp. 309-310

Quien con más intensidad miró con los ojos de la esclava de Tales fue sin duda el catedrático de Filosofía de la Universidad de Múnster (Alemania) Hans Blumenberg en su obra *La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría* (Pre-Textos, 2009).

No conocemos el nombre de la primera filósofa, ni el de muchas otras que siguieron filosofando a lo largo de los siglos. No constan en nómina. Su anonimato es prueba de que la mujer ha trabajado sin cotizar también en el ámbito de la filosofía.

2. TÉANO DE CROTONA (550-¿? A.C.)

Proporción áurea



La postura antagónica a la filósofa de Mileto la encontramos al otro lado del mundo, en Crotona, de donde era oriunda Téano. Sabemos de ella poco más que de la muchacha tracia. Aunque los testimonios no se ponen de acuerdo en si era hija, mujer, amante o simplemente discípula de Pitágoras, fue, sin duda, pitagórica. Ambas filósofas comparten la nefanda característica —que no deja de repetirse a lo largo de la historia— de ser conocidas por haber estado a la sombra de dos grandes hombres. Si la primera se rio de Tales, la segunda siguió los pasos de Pitágoras (no sabemos si le rio la gracia). Cada cual tiene su forma de mirar: si la primera representa la vía de la experiencia, Téano inaugura la vía de la razón. Según la tradición descubrió la «proporción áurea», algo que le otorga asiento de oro en esta historia.

En Samos, una isla al noroeste de Mileto, nació Pitágoras hacia el año 570 a. C. Por desavenencias con el tirano Polícrates, abandonó su ciudad natal (hacia 530) y se estableció en Crotona, ciudad situada en el empeine de la bota italiana. Allí se asentaron los ciudadanos griegos de la costa jónica y fundaron importantes colonias como Tarento, Siracusa, Elea, Crotona, Metaponto, Síbaris, Leontinos. En aquella zona, llamada Magna Grecia, floreció la escuela pitagórica, que llegó a tener gran influencia no solo filosófica, sino también sociopolítica.

Téano nació en Crotona hacia 550 a. C. y debió de conocer a Pitágoras cuando este llegó a la ciudad. Se hizo su discípula y al parecer se casó con el maestro. Los pitagóricos formaban una hermandad filosófico-mística y vivían en comunidades. Tenían unas normas muy estrictas y unas creencias accesibles solo para los iniciados. Próximos a la religión órfica, introdujeron en Grecia una serie de creencias de origen oriental como la reencarnación.

Dentro de la escuela había dos tipos de discípulos: los *acusmáticos* y los *matemáticos*. Solo estos últimos tenían acceso a conocimientos científicos profundos y secretos. Llama la atención la gran autoridad que tenía Pitágoras entre sus discípulos, dando lugar a la expresión «él lo ha dicho», precedente de la latina *magister dixit*, que servía para zanjar cualquier discusión con un inapelable argumento de autoridad. Esta forma de vida estaba además controlada por un conjunto de reglas muy estrictas que debían seguir los prosélitos de Pitágoras. (Véase Yámblico, *Protréptico*, 21, 58c6 y también Diógenes Laercio, VIII, 10.)

Por parte, Téano debía cargar además con las normas sociales a las que estaba sometida una mujer en aquella época. Por eso, no extraña que recomendara a la mujer casada «complacer a su marido», aunque ella se tomó sus «obligaciones maritales» a su manera. Plutarco y Clemente de Alejandría cuentan que en cierta ocasión le preguntaron cuánto tarda una mujer en purificarse después de haber yacido con un hombre y que ella contestó: «Si es con su marido, inmediatamente; si con otro, nunca». Según Diógenes Laercio, Téano exhortaba a sus compañeras a que depusieran el pudor junto a sus vestidos, tal como recoge Heródoto: «Al quitarse los vestidos la mujer se desnuda también de su pudor» (*Historia*, I). Y cuando alguien le lanzó un piropo al verle el codo desnudo —«¡Hermoso codo!», parece que le dijo—, ella respondió: «¡Pero no público!».

Sin duda, Téano perteneció a los discípulos matemáticos y, según Estobeo, escribió algunas obras, entre ellas, *Sobre la piedad*, donde afirma: «Pitágoras no dijo que todas las cosas nacían del número, sino que estas estaban en armonía con el número, ya que en el número reside el orden esencial». El tema de Téano es, sin duda, la armonía. La razón nos lleva a fundamentarla en los números y a intentar vivir en avenencia con el cosmos. El paradigma es la música, donde las relaciones numéricas son la causa de la euritmia.

Esa armonía está presente no solo en la música, sino en todas las cosas, en la naturaleza y en las relaciones humanas. La armonía en la naturaleza se demuestra por la proporción áurea que, según la tradición, fue descubierta por ella. El número áureo se puede hallar de diversas maneras, por ejemplo: a partir de un cuadrado se traza una circunferencia, tomando como eje el centro del lado inferior, pasando por los ángulos superiores; se prolonga dicho lado y donde corta con la circunferencia se establece una proporción áurea entre el lado vertical y el nuevo lado inferior (que ambos forman un rectángulo). El número áureo se representa con la letra griega *phi* (ϕ) en honor al escultor Fidias (no con una *zeta*, ϕ , en reconocimiento de su descubridora) y, aun siendo un número irracional (1,6180339887...), es una proporción que se halla en la naturaleza y en las obras de arte. La encontramos en las caracolas, en las flores, en el grosor de las ramas de los árboles y en algunas hojas, y también en el Partenón de Atenas, en el hombre de Vitrubio, en obras de Leonardo, de Miguel Ángel o Durero, en algunas estructuras de las composiciones de Mozart, Beethoven o Schubert, en construcciones, en el diseño de páginas web... No lo vemos, pero está, o, mejor dicho, lo vemos con los ojos de la razón.

Los de Téano vieron un número que nadie antes había visto, el número de la belleza. No en vano, su nombre, Téano, está emparentado con la vista, pues en griego *théa* es vista, acción de contemplar, de dónde proceden palabras como *theatron* o *theates*, teatro y espectador en ese orden, y el verbo *theáomai*, que significa mirar, ver, contemplar, de donde procede la palabra teoría.

La armonía en las relaciones humanas se consigue aplicando la razón a los sentimientos. Téano se mantiene de esta forma en la línea del pensamiento pitagórico. La razón en la práctica es prudencia y moderación. Así lo pone de manifiesto en

las siete cartas que escribió a algunos de sus amigos y amigas, y de las que conservamos algunos fragmentos.

En la Carta I, *A Eubule*, manifiesta su preocupación por la educación de los niños. Recomienda encaminarlos a la moderación y no ser demasiado condescendientes respecto a sus caprichos. Asimismo, la mala crianza dará como resultado la desmesura, «al igual que de las viñas mal cuidadas se obtienen frutos deficientes». En la Carta IV, *A Calisto*, recomienda a las señoras moderación en el trato con las sirvientas (quizá estaría pensando en la esclava tracia de Tales), así como dar un «trato justo a los esclavos..., pues son hombres por naturaleza». Concluye Téano afirmando que «es necesario ser prudentes, pues, la medida es lo mejor de todo».

Las Cartas III y V, *A Eurídice* y *A Nicóstrata* respectivamente, versan sobre los celos que sienten las esposas en relación a las hetairas, es decir, a las meretrices amantes de sus maridos. La dirigida a Nicóstrata, la más extensa de las siete, no es ni mucho menos un manifiesto feminista, al contrario, parece asumir, en aras de la moderación, la sumisión de la mujer a su marido. De hecho, a Eurídice la consuela diciendo que, aunque su esposo se divierta con la hetaira, «él te estima a ti». A Nicóstrata le recomienda guardar silencio con la convicción de que su marido volverá con ella cuando se haya cansado o se haya agotado su pasión («el fuego se apaga si no se mueve»), porque «si te divorcias y te marchas, después de dejar a tu primer marido repetirás la experiencia con otro». Téano establece otros tópicos de sumisión, como «sobrellevar la situación con dignidad» y mantener siempre el buen carácter, pues solo así es «posible para una mujer sobrepasar el poder de un hombre». Como es lógico, hay que leer estas recomendaciones con los ojos de una mujer de hace veintiséis siglos. Téano no puede decir más de lo que dice, por ello, plantea el empoderamiento femenino de la única manera que lo puede hacer: apelando al autodomínio, pues «tal como las manos deben mantenerse alejadas de los ojos enfermos, del mismo modo —recomienda a su amiga—, tú debes distinguir tu pretensión de tu pena».

Como pitagórica, Téano creía en la inmortalidad del alma y la reencarnación. Su argumentación es, ante todo, moral: la vida sería un festín para los malvados si el alma no es inmortal; si todo acaba con la muerte, sería para ellos una salvación (Cfr. Clemente de Alejandría, *Stromata*, IV, 7).

Hacia principios del siglo v a. C. los ciudadanos de Crotona se rebelaron contra los pitagóricos, que comenzaban a dominar políticamente en la ciudad. Pitágoras fue expulsado y murió tiempo después en Metaponto. Entonces, Téano se hizo cargo de la Escuela y de los escritos de su marido. Desconocemos la fecha de su muerte.

Téano y Pitágoras tuvieron tres hijos, Telauges, Damon y Mnesarco, y tres hijas, Mía, poetisa, Arignota, escritora prolífica, y Damo, quien heredó las obras de su padre.

Para mirar con sus ojos...

El latinista Gilles Ménage, Edigio Menagio (1613-1692), quien escribió una *Historia mulierum philosopharum, Historia de las mujeres filósofas* (Lyon, 1690), es un referente imprescindible para conocer la filosofía femenina en la Antigüedad. Ménage hace un exhaustivo catálogo de todas las filósofas antiguas y dice que hubo tantas mujeres pitagóricas que el gramático ateniense Filocoro escribió un libro titulado *Selección de mujeres heroicas*. Todos los que se han adentrado en el estudio de la mujer en la filosofía han pasado por Ménage. Estamos ante una de las mayores autoridades al respecto; ahora bien, ni el estudio de las filósofas de la Antigüedad ni su buena amistad con Anne Lefebvre Dacier, a quien dedica el libro, le impiden hacer un comentario desafortunado: «Asombra —dice— que haya habido tantas filósofas pitagóricas, siendo que los pitagóricos guardaban silencio durante cinco años y no les era permitido divulgar los muchos secretos que tenían, y siendo que la mayoría de las mujeres son habladoras y apenas pueden guardar un secreto» (*Historia de las mujeres filósofas*, Herder, 2009, p. 109).

A este respecto, el mismo autor recoge la historia de la pitagórica Timica, que fue capturada por el tirano Dionisio de Siracusa junto a su compañero Milias. El rey quiso saber por qué los pitagóricos preferían la muerte a pisotear un campo de habas y les ofreció compartir con él su reino si le revelaban el secreto. Milias contestó que prefería pisar un campo de habas antes que descubrirlo. Por su parte, Timica se mordió la lengua y la escupió a la cara del tirano, quien quedó decepcionado, pues pensaba que ella se lo diría «a causa de la debilidad de su sexo» (p. 122).

Las cartas y los textos que se conservan de Téano están publicados por Mercedes Gutiérrez, Montserrat Jufresa, Cristina Mier y Félix Pardo, en «Teano de Crotona», revista *Enrahonar*, vol. 26, 1996, pp. 95-108.

Dan noticia de Téano Diodoro de Sicilia, en el siglo I a. C.; Plutarco y Clemente de Alejandría, en el I-II d. C.; Diógenes Laercio, Porfirio y Jámblico, que escribieron una *Vida de Pitágoras* entre los siglos II y IV; Teodoreto y Estobeo (siglo V); el *Florilegio Monacense* y el léxico *Suda* (siglo X).

Leonardo de Pisa (siglo XIII), conocido como Fibonacci, descubrió una forma de hallar el número de la proporción áurea. Se trata de una sucesión en la que la suma de dos números consecutivos siempre da como resultado el siguiente y, además, la relación entre cada número se va aproximando más y más al número áureo. Es decir, la sucesión se define como: 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34... donde el tercer número es la suma del primero y el segundo; el cuarto, la suma del segundo y el tercero; el quinto, la del tercero y el cuarto, y así sucesivamente. El resultado de dividir cada número entre el anterior da una cifra que, conforme más se avanza en la progresión, más se acerca al número áureo. Lo mismo ocurre si partimos de dos números cualesquiera, los sumamos y dividimos el resultado entre el primero, e iniciamos la sucesión.

Para los legos en matemáticas, entre quienes me incluyo, véase el libro de Hans Magnus Enzensberger, *El diablo de los números* (Siruela, 2023, pp. 192-196).

Aparte de Téano, sus hijas, Mía, Arignota y Damo, y Timica de Crotona, fueron filósofas pitagóricas: Sara, hija de Pitágoras, Filtis, Ocelo y Ecelo de Lucania, Habrotelia de Tarento, Equecratia de Fliunde, Tirsenis de Síbaris, Pisírrode de Tarento, Nesteadusa de Lacedemonia, Boio de Argos, Cleecma de Lacedemonia, Melisa, Ródope, Ptolemaide de Cirene, Fintis de Esparta y Perictione de Atenas; de cómo miraron los ojos de estas dos últimas hablaremos más adelante.